

Un silencio que camina

MATEO MORRISON

Un silencio que camina

Novela

Santo Domingo, R. D.

2008

TÍTULO:
Un silencio que camina

AUTOR:
Mateo Morrison

PRIMERA EDICIÓN:
Editora Universitaria, 2007

SEGUNDA EDICIÓN:
Editora Búho, 2008

DIAGRAMACIÓN Y ARTE FINAL:
Eric Simó

DISEÑO DE CUBIERTA:
Félix Calderón

EDICIÓN AL CUIDADO DE:
Alexis Peña

ISBN 978-9945-16-177-9

Impreso en República Dominicana
Printed in the Dominican Republic

*A la familia Morrison Fortunato
a través de Egbert y Efigenia*

Índice

Capítulo I	11
Capítulo II	19
Capítulo III	27
Capítulo IV	33
Capítulo V	37
Capítulo VI	43
Capítulo VII	47
Capítulo VIII	51
Capítulo IX	57
Capítulo X	61
Capítulo XI	67
Capítulo XII	71
Capítulo XIII	75
Capítulo XIV	83
Capítulo XV	89
Capítulo XVI	93
Capítulo XVII	97

Capítulo I

*M*omón y yo teníamos tres largos meses por delante para llevar a la práctica los planes de nuestro mundo vacacional. Como no teníamos familiares en el interior, nuestras vacaciones se desarrollaban a orillas de la Laguna de Salazar, en el play o en cualquiera de los lugares con que nuestra imaginación construía las más hermosas quimeras en los solares que formaban el entramado que luego el desarrollo urbano convertiría en Villa Catalina, integrada por Catalina Arriba y Catalina Abajo.

En Catalina Abajo, una pequeña comarca, vivía la mayoría de la población en casitas de madera de colores encendidos. Catalina Arriba estaba menos poblada y los árboles eran allí los reyes. Las viviendas eran principalmente para agricultores o pequeños ganaderos. Su entorno, considerado como un hotel verde, era el lugar preferido de los amantes. Los caminos que conducían a Catalina Arriba, si enfilabas a la derecha o a Catalina Abajo, si enfilabas a la izquierda, estaban hechos para el

amor. Una hilera de sangre de cristo bordeaba todo el sendero. Las cayenas eran testigos de las declaratorias de amor a través de los sonidos que construía el viento.

La inmensa grama revivía a pesar de las pisadas presurosas para consumir el amor. Era una bendición del Cielo, se decía.

Nuestras madres no nos dejaban salir de las casas durante el año escolar. Únicamente podíamos trasladarnos a la escuela o a una de las iglesias a través de la carretera central, acompañados siempre por alguien, en mi caso por tío José Manuel, y en el de Momón por su abuela o su madre.

Eso de estar acompañado era para protegernos de los peligros. Sin embargo, habíamos decidido que en estas vacaciones íbamos a comenzar a liberarnos, pues acabábamos de cumplir quince años. Momón el día nueve, yo el catorce de abril.

Al comenzar las vacaciones nos vanagloriábamos de las muchachas que nos habían dado amores, relatábamos historias inventadas y reíamos a carcajadas describiendo los momentos en que nos decían “te amo”, lo apetitosas que estaban y como se podía besar y a la vez comer mangos, limoncillos, caimitos y nísperos: una técnica sabrosísima.

—Doble alimentación —me decía Momón—, pero con las algarrobas no, ¿verdad? Imposible, esa fruta no

tiene el aroma de las otras. Y seguimos discutiendo otras técnicas. Mientras continuaba el camino le conté lo del carro de fuego de San Elías.

—No te creo —me dijo—; seguro que eso te lo relató tu tía Ana, con esa imaginación que tiene.

Mi tía Ana no era la más ferviente adventista de la familia, pero sí la más locuaz y divulgadora de todas las noticias. Lo de San Elías lo supo toda la comunidad. Su delgadez extrema contrastaba con la energía que exhibía. Fue inolvidable el pleito que escenificó contra una vecina por decirle lo de las dos cajas cuando muriera, una para el cuerpo y otra para la lengua.

—Lo creo, pues me lo juró de rodillas y le miré el rostro. Tenía la Biblia en las manos.

—San Elías —me afirmó Ana—, recorrió todo el universo en su carro de fuego custodiado por ángeles, pero al descender un momento y tener una prueba de santidad se detuvo a orinar. Todavía no había recibido los aceites que lo harían divino. Aquí los suaves quejidos del poblado y los olores a amoríos tiernos le penetraron la sangre y lo pusieron en peligro de pecar. Ya San Elías había orinado, pero al otro lado de la laguna una joven se desvestía y ciertamente San Elías continuaba con las manos activadas y los ojos ardiendo como olla hirviendo en los fogones del barrio. No obstante, hubo de cumplirse lo dicho en las Sagradas Escrituras, según mi tía Ana, y el carro de fuego custodiado por ángeles encen-

dió sus alas y lo recogió a orillas de la laguna, antes de caer en la tentación. Lo esperarían en la puerta del Cielo donde lo recibiría un coro de arcángeles, siendo el único que desde entonces subiría al Cielo sin morir.

—Aunque eso te contó tu tía Ana con la Biblia en las manos, como ferviente adventista, prefiero que continuemos como monaguillos en la misa de las seis, donde podemos ver a sor Angélica tan dulce y hermosa.

—Momón —le respondí—, recuerda que aunque visitamos las tres iglesias, no debemos poner en contradicción la adventista y la católica, y mucho menos la episcopal. Dejemos a mi tía Ana con sus relatos bíblicos y sigamos con sor Angélica en la misa.

—Es verdad, mientras más cerca estemos de las tres iglesias más fácil llegaremos al Cielo.

Proseguimos el camino hacia el encuentro de las muchachas que habíamos citado para sumergirnos en la loma de los amoríos, como también llamaban a Catalina Arriba. Ascendíamos desde Catalina Abajo por un sendero adornado de flores y abierto por los pies de los habitantes del lugar y los visitantes, que atraídos por los olores amorosos, llegaban de todas partes.

Alcancé a ver a la muchacha que esperaba. Al salir desde la parte posterior de un enorme matorral llenó mis ojos de alegría, parecía que Momón tendría que

esperar un poco más, para hacer su presentación y comenzar nuestro encuentro, programado desde hacía meses, donde cada uno podría, tal vez, tener por primera vez una novia formal.

Para mi sorpresa, él también se llenó de alegría al irse dibujando aquel hermoso cuerpo en las sombras de la noche y la sonrisa de esta muchacha, quizás un poco más joven que nosotros, con ojos que parecían faroles y contornos que desafiaban la oscuridad.

Se me habían acelerado los sudores y mi corazón era un saltimbanqui en el pecho.

—Tenemos que acelerar el paso —me decía Momón—. Y marchamos con tanta rapidez hacia ella que parecíamos correr. No entendía lo sucedido, un imán como de fuego nos atraía a los dos hacia el centro. Teresa tenía un vestido azul, tan ligero que nada nos impedía percibir su desnudez, delineada en su perfecta silueta.

—Momón y Mario, Mario y Momón —nos dijo.

Ambos nos miramos con asombro, pues esperábamos encontrar a nuestras respectivas novias, no una para los dos, como parecía ocurrir ante nuestra sorpresa. Pensamos que todo estaba preparado para que dos amigos que se pasaban el año estudiando pudiesen, como los demás, consumir sus aventuras para luego poder contarlas en los patios de Villa Catalina, describiendo las hazañas como sacadas del libro *Del buen amor*,

recomendado y narrado por nuestro profesor de Literatura, pero que en realidad no habíamos leído a pesar de lo atractivo del título.

Teresa nos debía una explicación y entre nosotros había otra pendiente: no era posible que dos amigos, casi hermanos, pasaran un año esperando este momento sin haberse preguntado el nombre de la muchacha de cada uno, el de sus parientes, la descripción de sus formas, su dirección, nada, solo decirnos:

“Nos presentaremos a nuestras novias”, pensando que después pasaríamos por el camino de las cayenas y luego iríamos al rito de amor que tanta historia y fama le había dado a Catalina Arriba.

Teresa no nos explicaba nada. Tomó a cada uno del brazo sin decir palabras; tan solo reía y no parecíamos saber cuál era nuestro destino. Era seguro que habríamos de detenernos en algún lugar y allí aclararíamos todo. Yo no podía verle los ojos a mi amigo, y aunque trataba de adivinar sus pensamientos, estaba casi seguro que pensaba como yo.

Teresa, ¿hacia dónde nos llevas? ¿Es esta una radionovela? ¿Tendrá un buen final? Me pregunté, pero no me atreví a expresar nada. Ella había impuesto con su ternura la ley del silencio y yo no quería ser el primero en transgredirla, esperaba que fuera Momón o tal vez ella quienes lo hicieran, pero el silencio persistió. Solo el taconear de sus zapatos sobre el camino de piedra rompía

esa mudez de cementerio o a veces su risa, parecida a una hermosa sinfonía de amor.

Reía como si estuviera feliz a nuestro lado. A mí me tocó el lado izquierdo y sentía su galantería por los roces de su seno provocándome un cosquilleo inenarrable, pero pensé que su concepto evidente de la equidad amorosa la llevaría a hacer lo mismo del otro lado. Me conformaba con pensar que el lado izquierdo era el del corazón, aunque no estaba seguro de que no tuviera otro corazón a la derecha.

En algún momento Momón y yo nos miramos, pensando que lo mejor sería que ella se decidiera por uno de los dos.

Mi padre, que presenció en Londres un festival shakesperiano, habría dicho en una ocasión como esta: *"To be or not to be, that is the question"*. El padrastro de Momón habría dicho lo mismo, pero en filosofía popular: *"Esto hay que resolverlo, o to' toro o to' vaca"*. Por nuestra parte, Momón y yo parecíamos preferir la mitad de amor que nos tocaba a cada uno, la más difícil de las pruebas para una hermandad tan profunda como la nuestra.

Desde niños habíamos compartido comidas, juegos y las frutas silvestres recogidas al marotear; habíamos peleado juntos enfrentando a quien agredía a uno de los dos, pero compartir el amor de una muchacha era algo que nunca habíamos experimentado.

Capítulo II

En la carretera crecían las auyamas, cuyas enredaderas cruzaban por nuestros pies. Unos pies que se negaban a perder el ritmo impuesto por esta muchacha desafiante y segura, repartiendo con cuidado un beso para cada uno, sin soltarnos ni por un instante.

A mi mente llegaron, al mismo tiempo, el relato de mi tía Ana y las ideas de Momón acerca del carro de fuego, de las religiones y de la belleza de sor Angélica. Pensé que deberíamos ir al Cielo, en otro carro de fuego, siguiendo la ruta de San Elías; y digo el Cielo porque el otro lugar sería el Infierno y ni Momón ni yo nos lo merecemos, que en vez de una, visitamos iglesias de tres religiones distintas. Momón siempre decía que así tendríamos tres vías para llegar al lugar donde el hermano Miguel señalaba que los mangos eran enormes, las uvas y manzanas inacabables, todas las fieras convivían en armonía y, sobre todo, no había enfermedades ni muertes.

Miguel era un ser solitario, nunca le conocimos familiares. Se pasaba el día rezando, a veces hincado. Llegó al patio a través de la religión adventista, que paracticaba con devoción extrema. Visitaba nuestra familia casi siempre a mediodía y se quedaba a comer. Era alto, fornido y estaba siempre risueño, esperando la llegada de una nueva vida en el Cielo, el cual describía con detalles, como resultado de una revelación que le había hecho el mismo Jesucristo, según nos contó.

El hermano Miguel nunca nos explicó lo del amor en el Cielo, no nos atrevimos a preguntarle, pero imaginamos la sublimidad de ese sentimiento. No se cansaba de decirnos que cuando allá se pasara lista y nuestros nombres fuesen llamados deberíamos estar ahí para responder.

Teresa quizás tendría problemas por su condición de mujer y aquello de compartir el amor.

La miré de reojo, sin creer que en el Cielo o en el Infierno hubiera una muchacha así. Pasé rápidamente mi mano por su muslo izquierdo, pues el otro era de mi amigo. Pensé entonces en la incorporación del diablo a la disyuntiva y ahí sí se complicaría todo. Las brumas de la noche me impidieron saber qué hacía de su lado, aunque sabiendo su rapidez no dudé que hubiera deslizado su mano primero, susurrándole al oído algunas palabras, rompiendo así el equilibrio mantenido entre nosotros.

Reflexioné acerca del Purgatorio y el Limbo, los posibles lugares a los cuales podría ir, pero en ninguna de las tres religiones en que se dividía mi vida familiar (abuela adventista, padre episcopal y madre católica) había sentido que le dieran importancia a ninguno.

Sin embargo, en la clase de Literatura el profesor Burgos nos había dicho que al purgatorio se llega a través de un túnel y que es un campo de trabajo. Los pecados que allí se expían están en el lado opuesto al agujero del Infierno, a través de nueve círculos, sacados de la *Divina comedia*. “Son perversiones de un amor orientado por un impulso divino, pero desviado hacia fines terrenales”, nos explicó.

“En el Limbo —decía el profesor— había santos y patriarcas de la antigüedad, que a pesar de su buen comportamiento no estaban bautizados al momento de morir”. No obstante, Momón y yo sí lo estábamos; de hecho, nos bautizaron el mismo día.

No sabía si Teresa también lo estaba, aunque consideré preferible no preguntárselo.

“En el primer Infierno se consumen los que han sucumbido al amor prohibido, estos sufren menores castigos”, concluía el profesor.

¿Sería esa nuestra situación? Nos pareció conveniente continuar este camino sin cielos, sin purgatorios, sin

limbos y sin infiernos, solamente con Teresa, que tenía en sus manos la definición de nuestro extrañío e incierto espacio vacacional.

Debía ser muy tarde, ya que casi nadie pasaba por el camino. Los pocos transeúntes se extrañaban de ver esa tríada de amor avanzando desafiante en medio de la noche.

Las luciérnagas se detenían a nuestro paso para hacernos más visible el camino. Advertimos, al pasar a la izquierda de la laguna donde vivía la familia Engombé, el sonido de algún tambor recordando que San Cosme y San Damián nos podrían conducir hacia las fiestas patronales, en caso de que Teresa decidiera doblar hacia la izquierda. *Josecito baila, baila Josecito*, decía la multitud siempre que mi abuelo se volvía el centro de esta fiesta popular. Quizás lo hubiésemos encontrado, pero Teresa decidió doblar hacia la derecha y solo escuchábamos el sonido de los palos.

Doña Tiva, la abuela de Momón, se lamentaba de que las fiestas hubieran perdido el valor religioso y se convirtieran en una chercha. Dejó de ir; prefería quedarse en la casa en medio de la hermosa finca que había heredado, un Edén lleno de flores y frutas, lo más parecido al paraíso terrenal.

El patio de la casa de mi amigo era sin discusión un lugar envidiable. Momón decía lo contrario, para él, el

nuestro era preferible; ya que estaba más habitado y eso le daba un ambiente cálido. En verdad, el patio de Momón era más silencioso, y hasta misterioso. La placidez era solo interrumpida por la aparición de su padrastro, don Víctor, que salía del bosque a constatar si nos estábamos portando bien.

Nos asustaba a veces y lo veíamos desde el banco colocado detrás de la casa, Momón a la izquierda, yo a la derecha y Carmina, la prima de Momón, en el centro, el espacio se desdibujaba de repente con su sorprendente aparición.

La llegada de Carmina y su simpatía, me hacía frecuentar más el misterioso patio donde murió a destiempo el mellizo Suárez, quien alquiló una habitación para él y su hermano al lado de la casa principal. En verdad, cuando murió sentí el frío del sepulcro y el hielo de la muerte; y percibimos su voz y sus movimientos como si estuviera vivo.

Carmina era ingenua y dulce, Momón decía que estaba enamorada de mí. Me trataba con distinción y cariño, pero en verdad nunca sentí atracción real por ella, aunque agradecía sus gestos y admiraba su bondad; me sentía bien a su lado.

Cuando un buen día apareció encinta, pensamos que en realidad quién se portaba mal era nuestro constante vigilante.

Nuestro patio, decía Momón, era distinto. Mis hermanos se adherían al encuentro con él, a quien siempre vieron como uno más de la familia. Entraba a las clases de inglés de mi padre, preguntándole detalles acerca de su país, respuesta que éste posponía hasta terminar su jornada educativa. Mi madre lo cuidaba, era el único hijo de su amiga Rosanna, que en cualquier momento se aparecía en la casa buscándolo.

Llegaba y se quedaban conversando durante horas, mientras disfrutaban los nuevos comentarios del barrio. Además, a diferencia de la soledad del otro patio, detrás del nuestro vivían otros familiares y mi tío Lázaro entonces completaba el trío. Exhibía con decoro su condición de negro, alto y cuadrado, como si perteneciera a una de las etnias de Somalia.

—Eso es lo que les gusta a las mujeres —decía, mientras cantaba *Lamento esclavo*, haciendo que todos se acercaran a él. Nosotros pasábamos a un segundo plano, ante este Eduardo Brito renacido.

Lo de nosotros era la poesía y la pelota; nunca cantaríamos como él; porque era un don que nadie le disputaba. En algunas ocasiones, incitado por él, interprete las canciones *Torna a Sorrento* y *Esta Tierra de Cocula*. Él sonreía y aplaudía, generando con esto una competencia donde evidentemente yo salía derrotado. Momón no lo intentó porque se sentía seguro como la estrella máxima del béisbol y ahí sí nadie competía con él. Le

decíamos “el Marichal” y nadie veía la bola cuando la lanzaba, solo percibíamos su existencia cuando, después de un melodioso sonido, el receptor se la devolvía y, éste, satisfecho, veía el movimiento del arbitro anunciando que estábamos definitivamente ponchados.

El poeta Arnaldo Brea era el único que podía, quizás, competir con Lázaro en el canto, pero con otro estilo, porque al tener la voz aterciopelada se convertía en la reencarnación de Lucho Gatica, ya que interpretaba las canciones con su mismo tono. Pero en toda Villa Catalina se decía que cantando *El reloj* el poeta Brea era superior.

Capítulo III

A Estenia y Rosanna, sentadas en las mecedoras de nuestra casa, parecía no acabárseles los temas acerca de los acontecimientos más recientes.

—Estenia —dijo Rosanna—, como casi no salimos, nos perdemos muchas de las cosas que pasan en Villa Catalina, pero siempre a uno le llegan... —expresó con una leve sonrisa mientras encendía un cigarrillo que, aunque mi madre lo consideraba molesto y muy peligroso para la salud, lo aceptaba por educación y respeto a la decisión de su apreciada amiga de hacerse fumadora. Su primer esposo, el verdadero padre de Momón, se marchó dejándola con el niño y la sorpresa de una decisión tan radical que la llevó a iniciarse en el cigarrillo.

—Rosanna, por favor, deja de pensar como si estuvieras sola y termina de contarme lo de Diana.

—Entra Altagracia —recibió Estenia a su prima más querida, que, al integrarse a la conversación, formó un trío, haciendo el encuentro aún más agradable.

Altagracia llegó con una sonrisa a flor de labios, buscó una mecedora y dijo:

—Espero no interrumpir, pero por lo que escuché esto está muy interesante.

Rosanna la recibió con una sonrisa y un abrazo cariñoso y continuó:

—Me dijo Juliana, esa vieja sabichosa, que frente a la casa de Diana, a quien nunca se le había conocido novio, llegó un mensajero con un ramo de flores dejando a todo el mundo sorprendido, pues en Villa Catalina eran tan comunes que nunca se regalaban. Era mejor enamorarse y regalar una funda de mangos o un ramillete de limoncillos. Por eso causó sorpresa que este joven llegara sin decir palabras y con una mirada de asombro buscando a alguien para entregarle el manojito de rosas.

La comarca parecía un hormiguero y nadie al parecer entendía este extraño regalo. Juliana, a quien nunca se le iba una, dijo:

—Eso debe ser para Diana.

—¿Y cómo pudo enterarse esa vieja?, quizás por sus conocimientos de brujería —exclamó Estenia.

—No sé —replicó Rosanna—, pero Juliana me dijo que Diana siempre ha dicho que no acepta enamorados de ninguna de las Catalina que lo de ella, después de conservarse tan bella y tan pura, no puede ser menos que un príncipe azul.

Todas las vecinas, hacía más de treinta años, esperaban ver llegar a alguien vestido como los príncipes de los cuentos, con ojos inmensamente azules, pero quien ha llegado es este muchacho asustadizo y con ojos negros.

—¿Y qué pasó después? —preguntó Estenia, sin querer perderse ni un solo detalle de la narración de su amiga.

—Bueno, a solicitud de Juliana decidieron interrogar al muchacho, por encima del viento huracanado que parecía llevarse el regalo de las manos del joven, la multitud se acercaba hacia él.

Rosanna encendió un nuevo cigarrillo y prosiguió.

—Dicen que el joven, ya casi cercado por miles de ojos, exclamó: “yo solo traje el regalo, el príncipe viene después, busca afanoso su caballo; mi misión era traerle este manojo a Diana, díganme quién es y dónde está para cumplir mi tarea”.

Hacía treinta años que Diana salía poco de su casa, se resguardó a esperar al príncipe. Ella se asomó con un extraño movimiento y dijo:

—Aquí está el mensaje de mi príncipe pretendiente para aquellos que nunca me creyeron. Me retiro de nuevo a mi palacio hasta que llegue mi amado. Si encuentra su caballo vendrá pronto, no tengo ninguna prisa; he sabido esperar y, cuando llegue nos iremos por

esos caminos que van hacia la derecha, a una nueva etapa de mi vida, lejos de una chusma que no me merece. Acto seguido regresó al interior de la vivienda multicolor, construida de cajas de cartón con anuncios de diversos productos unidos entre sí por alambres, y en cuya puerta destartalada un letrero enorme anunciaba un producto de belleza.

—¿Y le creíste eso a Juliana? —preguntó Estenia mientras servía una taza llena de chocolate hirviendo a su amiga y a su prima, a quienes les ofrecía el primer brindis de esta visita.

—Sí, lo creo —dijo Rosanna—, pues en Villa Catalina pasan las cosas que no ocurren en ninguna otra parte y la vieja será bruja pero no mentirosa.

Ahora quisiera contarles lo de la vecina Flora y su hija Sandra, con apenas dieciséis años y ya hay que ver las cosas que les hace a esos padres tan decentes —dijo Estenia a Rosanna y a Altagracia.

—Esto lo escuchó Elso, el más pequeño de mis sobrinos, de labios de Luis, el mismo hermano de Sandra. Esa muchacha desafió el orden, cuando llegó una noche a las dos de la madrugada. Sus padres ni tenían cara para los vecinos con sus sonrisas maliciosas, pues a esa hora todavía había una fiesta y nadie se había dormido.

—Los padres de la muchacha, nerviosos, conversaban en la galería y, casi en la madrugada, sin dar expli-

caciones a nadie, llegó Sandra: “buenas noches”, dijo, y se fue a la habitación. Ellos trataban de preguntarle qué había pasado, pues salió a la misa de las siete: “estoy cansada, hablamos mañana”, concluyó. Su hermano Luis le expresó a mi sobrino Elso que para él fue una sorpresa, pues su hermana nunca había hecho eso, que si para un varón era pasable en una mujer era imperdonable.

—Estoy seguro —dijo Luis a Elso— que la primera sensación de mis padres fue de alivio por su llegada y de sorpresa ante la naturalidad con que ella había tomado todo esto. “Mañana hablaremos” —repitió Sandra.

Las expectativas crecieron con la llegada de la mañana, pero Sandra permanecía en su cuarto, hasta las nueve, cuando cartera en mano, cadena brillante y vestido al último grito de la moda, salió diciendo: “hablaremos al regresar”.

—No la hemos visto más. Su hermano nos informó a través de Elso la llegada de una carta desde Italia confirmando el traslado de Sandra a otro mundo donde los vecinos están tan ocupados, que a nadie le importa a qué hora llegan los demás.

—Mis padres —dijo Luis—; solo tienen como esperanza la última frase de la carta que dice “hablaremos después”.

Altagracia tuvo que irse debido a los gritos de su pequeño hijo que penetraban por las amplias ventanas de la casa. Estenia y Rosanna continuaban esperando el

Un silencio que camina

regreso de nosotros, y se consolaban diciendo: “eso fue que terminó algún juego de pelota y siguieron celebrando, los pobres; estudian tanto.” En realidad trataban de disimular la preocupación en sus adentros, en esa zona que las madres tienen y que no abarca solo el corazón, sino todo el cuerpo. Pensaban en los peligros de la nocturnidad, en los relatos de desaparecidos y en el silencio que los había cubierto, en esa paz que decían disfrutaba el país y todos sabíamos que era una mascarada.

Capítulo IV

La noche avanzaba de manera vertiginosa y me pregunté, ¿estarán nuestros familiares reunidos extrañándonos? Seguro que sí. Horas y horas y nada de regresar. La familia de Teresa no sé. Ella continuaba el camino con nosotros a su lado, a cada paso estábamos más juntos, la respiración era ya común. Formamos una trilogía y en verdad parecíamos respirar con un solo pulmón; latir con un solo corazón, mientras todo el mundo ponía sus ojos sobre cada una de nuestras pisadas, que parecían una.

La visita de Estenia y Rosanna a doña Fina había inquietado a algunos vecinos, a juzgar por la preocupación que denotaban sus rostros.

Una voz, que parecía salir de una enorme mata de mango, exclamó: “Señores, qué ha pasado? ¿Se ha muerto alguien? ¿Cuál es la vaina?”. El tío Polo había hecho su aparición, nunca hablaba de lunes a viernes, cruzaba el patio con una amabilidad muda, expresada con una sonrisa y un gesto manual. Los sábados, a partir de

las seis de la tarde, coincidiendo con la conclusión de la ceremonia religiosa de los adventistas, iniciaba su fiesta, que no terminaba hasta el domingo en la noche.

—¿Esto es un velorio? ¿Qué es lo que pasa aquí? —dijo, con voz gangosa, pero bien perceptible aún— cuidado si van a vender la tierra sin hablar con Josefina y conmigo, somos los más jóvenes, pero también somos hijos de Julia y José.

—Juana, atiende a tu marido, no desprecies a tu hombre, acércate a mí, Juana —decía, mientras movía rítmicamente la cintura, desprendiéndose la camisa y quedándose en pantalones cortos. Una risa colectiva invadió el patio, era menos verde en verano, pero no por eso dejaba de parecer un bello paisaje móvil entre árboles, casas y muchachas exhibiendo sus faldas de cretona, con las que se veían más grandes y hermosas.

—Las cosas de Polo —dijo el tío Aminto—. En la familia nunca ha habido problemas por venta o compra de tierra, además esto no está en venta. Mañana no se acordará de lo que dijo, es mejor no hacerle caso y dejar que siga disfrutando.

El avance de la noche se había convertido en una real preocupación. Mi padre llegaba de sus habituales clases en la ciudad y su rostro era alegre, envuelto en un traje casimir de última moda, engalanando la noche con su esbelta anatomía. Era un candidato a cualquier premio por lo atildado de su vestir. Un sombrero de fieltro

y un paraguas completaban su armonioso atuendo que le granjeaban, junto a su inteligencia y don de gentes, la admiración general.

Traía, como de costumbre, algún presente y tarareaba la canción *Ansiedad*, de Nat King Cole, cuando al ver el rostro de mi madre se fue transformando, suponiendo que algo grave sucedía.

—¿Ha pasado algo que estás tan triste?

—Espero que nada, pero Mario salió con Momón y aún no regresan; como sabes, no es su costumbre.

El rostro de Mr. Watson expresaba molestia y preocupación, sin embargo, trató de calmar a Estenia diciendo:

—Tenemos que entender, ya Mario no es un niño; a medida que pase el tiempo necesitará más libertad.

Capítulo V

*D*os escenarios. La larga caminata de Teresa, Momón y yo, y los recuerdos de nuestro patio parecían dividir mis pensamientos. Por un lado, la realidad amorosa de Teresa, que a pesar de los roces resultaba indefinida; y del otro, la seguridad de que nuestros familiares se irían preocupando cada vez más por nuestra ausencia. De todos modos continuamos adheridos a una cintura que se movía como conducida por el viento.

El prolongado silencio que se adueñó de nosotros tres hizo que llegara a mi mente sor Angélica, pues a la distancia se podía ver el noviciado Cardenal Alonzo.

Sor Angélica estaba siempre cubierta con sus hábitos, pero todo el mundo sabía que debajo de sus atuendos se ocultaba una joven mujer hermosa, merecedora de cualquier premio de belleza. Nosotros nos veíamos más devotos después de su presencia; pues parecía sincera en su dedicación casi desbordada. Repetía constantemente aquello de:

Vivo sin vivir en mí
Y tan alta vida espero
Que muero porque no muero

Momón y yo habíamos conquistado el cariño especial de sor Angélica, admirábamos su dulzura y ella nos remitía a Dios y a la Virgen de La Altagracia, a quienes, según nos decía, teníamos que amar de todo corazón y no a ella. Disfrutamos su sonrisa angelical cuando nos veía domingo tras domingo en la iglesia Cardenal Alonzo, hasta que por fin nos hicieron monaguillos después de múltiples pruebas.

Ayudábamos en la misa y recogíamos las ofrendas que daban con devoción mariana los tres grupos sociales en que se dividía la clientela dominical.

La iglesia estaba en la parte central del edificio, hacia la derecha dormían las monjas, a la izquierda había un comedor colectivo y un patio.

En ese mismo lugar estudié, junto a mi hermano Adolfo, en la escuela construida al lado del noviciado. Era un lugar lleno de juguetes por todas partes y Adolfo, tres años menor que yo, era el líder real de ese espacio. Las muchachas nos brindaban afectos y nos hacían competir echando carreras –corre Mario, gánale– decía Hilda, a la vez que Rosa estimulaba a Adolfo diciéndole lo mismo.

Adolfo era el atleta de la familia: boxeador, pelotero, corredor, en fin, un deportista a carta cabal; a pesar de mis esfuerzos y los aplausos de mis simpatizantes, él se llevaba las palmas.

Como en Villa Catalina también se filosofaba, sometimos a discusión, en una oportunidad, cómo un muchacho podía tener tanta fuerza y destreza.

Tito, el filósofo del barrio, nos dijo: “es incorrecto decir que la inteligencia y la fuerza son opuestas. Adolfo nació con las dos cualidades, Mario no. Mario es inteligente pero no nació con el don de la fuerza física, aunque los dos son hermanos de padre y madre”. Y nosotros le preguntamos a Tito, “¿cuál es más importante, la fuerza o la inteligencia?”, él respondió de forma cortante: “las dos”.

—Cuando un atleta en las olimpiadas griegas ganaba una competencia tenía que poner toda su fuerza mental y para que Einstein descubriera la Teoría de la Relatividad necesitaba fuerza física —adujo mi hermano Augusto, que se iniciaba en el análisis profundo, proyectando desde joven su condición de físico, matemático y maestro. Siempre de razonar profundo. Y pausado, era el científico de la familia.

Tito estuvo de acuerdo y manifestó su asombro por el juicio de Augusto, que entendió coincidía con él, aunque utilizando otras palabras.

—Cada cual con lo suyo, todo se necesita y no son iguales ni los dedos de las manos. Además, cada cabeza es un mundo. Ambas, la fuerza y la inteligencia, son importantes —expresó de forma concluyente nuestro filósofo popular, Tito.

Creíamos que Tito era un verdadero sabio, que había aprendido todo fuera de las escuelas y universidades. Con su negocio dominaba toda la cotidianidad del entorno y atendía a cada uno de los clientes, con excepción de los domingos en las tardes, cuando cerraba el colmado y se vestía como un lord, alquilaba un carro y recorría diversos lugares hasta bien entrada la noche.

Se decía que lo que hacía en ese recorrido era filosofar con mujeres de experiencia y por eso eran tan vastos sus conocimientos. Todos justificaban sus salidas por su laboriosidad, hasta su esposa, que atendía el negocio en su ausencia a través de una ventana, evitando el desabastecimiento de comida para la comunidad, decía: “el pobre, hay que dejar que se divierta, pues trabaja demasiado”.

Tito, además de pulpero, era el alcalde pedáneo de la comunidad; la gente se asombraba de sus conocimientos, pues a todo le tenía alguna explicación. Aunque decía tener varios libros nunca nos los mostró, insistiendo en que aunque estos eran importantes, “la real maestra era la vida”.

Su altura, superior a los seis pies, su aire de solemnidad, lo pausado de su hablar y su amplio sentido de la autoridad, le hacían ganar el respeto general.

Capítulo VI

La caminata continuaba, y también las miradas de Teresa a cada uno, siempre acompañadas de un suave movimiento de sus brazos, creyendo quizás que era posible tenernos aún más cerca de lo que ya parecía un solo cuerpo.

En algún momento pareció alejarse y Momón y yo pudimos cruzar una mirada al pasar por un play. De seguro que él, al igual que yo, recordó aquel día en que el sol parecía tener un impulso especial, y se conformaron los equipos de Catalina Arriba y Catalina Abajo, con lo que se organizó un juego de pelota que pudo convertirse en una batalla.

Los muchachos y muchachas de Catalina Arriba acompañaron a los peloteros que llegaban en fila india hasta Catalina Abajo, donde los jugadores, junto a sus madrinas, esperaban el momento de ese partido en el que se apostó dinero y prendas a favor del equipo preferido.

Ese domingo se detuvieron casi todas las actividades en la comunidad, debido al desafío esperado durante todo el año. Juanito, tercera base de Catalina Arriba, fue el primero en entrar al play a practicar; le siguió Pedro Bicicleta en el short y Brazo Largo en primera base; Juan la Piedra en segunda, en los jardines, Guante Duro, Monchi y Gerardo Pie, el receptor era Juan Grande y el pitcher Pastor Mercedes; por Catalina Abajo Negro el de María en la primera, Cachaza en el center field y los mellizos Chichí Bomba y Juan Gomero en right y left, José Guala en segunda, Juan Cabeza en tercera, Papito Mongreñé en el short, Adolfo como catcher y Momón pitcher. En cuanto a mi posible participación en el equipo, no valieron los esfuerzos y el estímulo de algunos simpatizantes, me quedé domando banco.

El primer inning de nuestros visitantes fue una lección de pitcheo de Momón, quedando fuera de acción la poderosa escuadra de Catalina Arriba. Nuestro turno como home club fue memorable; a la primera bola lanzada por Pastor Mercedes, Adolfo sorprendió con un largo batazo por encima de la verja, cuya discusión al respecto detuvo el juego para siempre, pues nadie imaginó que aquel jugador, prácticamente un niño, haría desaparecer el primer envío.

—Ese apellido Watson corresponde a un americano de las ligas negras —alegó el mánager de Catalina Arriba— todo ha sido una estafa.

La madrina del equipo de Catalina Abajo, doña Helena, a quien apodaban la Gobernadora, ripostó con sus amplios conocimientos acerca de las grandes ligas, y dijo “ya no existen las ligas negras y con la entrada de Jackie Robinson eso se superó”.

Pero no valió de nada.

Los ánimos estaban encendidos. Fue necesario celebrar una reunión con los dos alcaldes para suspender el juego y devolver el dinero y las joyas apostadas. Y cada equipo se retiró, a fin de impedir una batalla campal como había ocurrido cuando se apostaron los gallos de Jaime en la gallera de Catalina Arriba y se dijo que habían sido llevados a un centro de brujería.

Capítulo VII

Las tres personas parecían una. Teresa nos acercaba cada vez más a su cuerpo y nosotros la seguíamos llenos de éxtasis. Una cigua palmera cruzaba rezagada y varias cabezas de ganado mugían en su establo, muy cercano al camino polvoriento que nos servía de ruta interminable. Momón me miraba de reojo y yo hacía lo mismo, pero los tres permanecíamos en silencio hasta que Teresa tomó la iniciativa:

—Mario y Momón, Momón y Mario, yo nunca imaginé que se conocieran y fueran tan amigos. Los varones pelean por las hembras, casi nunca las comparten. Me he sentido feliz caminando al lado de los dos. No me interrumpen, dirán que debo decidirme, que todo esto es incorrecto; no quería negármele a ninguno y preferí citarles el mismo día, a la misma hora y en el mismo lugar.

—Lo no planificado era lo bien que me sentiría y el temor que me embargó al pensar cuál sería la tristeza de uno de los dos en caso de que me decidiera por alguno.

Su retorno sería de angustia para los tres, aunque la soledad sería para uno, también nos sentiríamos solos los otros dos, porque ya no seríamos tres y la soledad ni siquiera depende de una multitud, es un problema del alma.

Momón y yo le respondimos acerca de nuestro concepto del amor y la amistad. Él le señaló que estábamos enamorados, pero que nuestra amistad era tan poderosa que entenderíamos su decisión, y recordamos el verso de Fray Luis de León: “más que el amor es la amistad”, dijo Momón citando al profesor Burgos.

—Toma tu decisión y el no elegido se devolverá a su casa, no importa el sufrimiento y la soledad —concluyó Momón respaldado por mí. Pero Teresa no nos creyó y dijo “en realidad la que sufriría sería yo, pues ya me acostumbré a este amor doble”.

—Si alguno se va es más que perder uno de mis brazos, se rompería el equilibrio —dijo—, y ustedes no pueden querer un mal tan terrible para mí.

Recordamos lo dicho en la clase de arte acerca de la Venus y su brazo mutilado y seis lágrimas parecieron desprenderse al mismo tiempo de nuestros ojos.

El silencio volvió a adueñarse del lugar y parecía lo mejor para los tres, ya no encontrábamos temas esenciales que tratar, pues habíamos entregado toda iniciativa a Teresa y respondíamos a sus impulsos, expresados

en los cosquilleos de la parte de su cuerpo perteneciente a cada uno.

Las estrellas parecían volverse más brillantes a medida que avanzábamos, y un pedazo de luna era lo único que quedaba del enorme astro que divisamos al iniciar nuestro encuentro. Los árboles iban cambiando ante nuestros ojos: caobos, robles, cedros, guayabos, almendros, guayacanes y pinos, constituían visiones de un mundo vegetal interminable.

Capítulo VIII

El tiempo parecía no existir entre nosotros. El amor no parecía definirse, vi una casa con su amplio solar. Añoré cuando mis abuelos le entregaron la propiedad a mi madre que fue ampliada al comprar mi padre el terreno contiguo. La casa grande de madera pintada de verde y amarillo era hermosa; los ventanales permitían al viento cruzar por toda ella. Mi padre establecía los modales y su rígida educación, traída desde otra cultura, nos permeó a todos. Mi madre era la alumna más aventajada.

Siempre llegaba sonriente y con alguna idea de trabajo mi tío-padrino Junio, que encompadró por vía doble con mis padres. Había aprendido todos los oficios posibles de la época, aconsejando aquellos que se hacían en las casas de la familia para que fueran realmente hermosas. Su hijo Néstor se inscribió en nuestra hermandad para siempre.

Mi tío José Manuel era como un hijo mayor de la casa, encargado de supervisarlo todo. El cuidado esme-

rado a cada uno de nosotros lo convertía en un segundo padre. Era, además, el encargado de la seguridad de mi padre, lo esperaba religiosamente todas las noches para conducirlo desde el ensanche Prosperidad hasta nuestra casa.

Mi tío Andrés era otro mundo. Lo suyo eran las enormes limonadas y champolas servidas en las reuniones familiares, convertidas en tertulias nocturnas, donde escuchábamos los relatos más extraños, y cuando llegaban los de muertos y brujas nadie quería acostarse; por lo menos yo recobraba la tranquilidad cuando al llegar de su amplio recorrido como profesor, la voz potente de mi padre pronunciaba el nombre de mi madre. A partir de ese momento ningún miedo me afectaba, dormía tranquilo bajo la protección de ese hombre cuya presencia parecía conjurar los demonios y construir un caparazón de quietud que mis hermanos y yo disfrutábamos.

Mi tío Andrés nos enseñó a amar los carnavales al ritmo de “*roba la gallina, palo con ella*”, pues mi padre no nos dejaba cruzar la ciudad para ver las comparsas y mi tío encabezaba jornadas de alegría y de carnaval intenso en nuestros patios y sus alrededores.

Mi tío reaparece como el Rey Momo
de nuestro carnaval
familiar

ataviado de duendes
que se agolpan en el patio,
lo recuerdo en este día,
en que cada uno hace
su comparsa interior.
Espacio multiforme
donde los muertos y los vivos
llenamos de máscaras la tarde.

Formando parte del carnaval local conocí a una señora en uno de los lugares cercanos y se acercaba cada día más a mí, hasta que, impresionado por el nuevo mundo que encontré a través de sus piernas, dejé de ir a la escuela una semana. Todos los días me ponía mi uniforme, tomaba mis libros y daba a entender que salía para la escuela, pero, después de recorrer varios metros, doblaba y me dirigía a la casa de Amparo, una señora hermosa que vestía siempre de jeans, exhibiendo un cuerpo escultural, adornado por un rostro juvenil; ella vivía más o menos a un kilómetro de mi casa, junto a una hermana. Mi tío José Manuel, preocupado por la situación, se lo informó a mi padre.

Fue todo un espectáculo de circo lo que sucedió en el patio. Mi padre detrás de mí con una correa y yo delante, evadiendo con la destreza que me daba mi delgadez algunos de sus lanzamientos sobre mi espalda. No hubo ruegos ni siquiera el de mi acompañante,

quien asumió toda la responsabilidad, que pudiera detener esa decisión inquebrantable de que los estudios eran primero, violentada por primera vez en mi vida.

Le dije a mi madre que el dolor fue mayor al ver cómo ella no intervenía. Después me dijo que los golpes a ella le dolieron más que a mí, pero que era necesario por mi bien, incluso lo comparó con los martirios de Cristo cuando dijo “Padre, por qué me has abandonado”.

—No te abandoné Mario —me dijo—, ni siquiera en el terremoto, cuando solo tenías tres meses y me aferré a ti, y tu abuela me decía: “lo vas a matar, sigue orando, este temblor pasará”. Muchas madres dejaron a sus hijos abandonados, yo nunca dejaría a ninguno de mis hijos, prefiero morir. Nunca dejo solos a mis hijos, Mario, pero tu padre tenía que dar un ejemplo contigo, porque eres el mayor, y si los demás siguen ese camino de no estudiar, no habrá un futuro para ustedes.

Sus ojos se entristecieron, en verdad era una madre y esposa excepcional, pasaba todo el día pendiente de nosotros y, en mi caso, sufrió mucho por lo enfermizo que era desde niño; incluso, nos relató que como primeriza no sabía con certeza si estaba embarazada. Cuando fue al médico, éste le dijo que no había ningún signo y le dio una receta para los parásitos. Según él, era lo único que se movía en su cuerpo. Al cruzar el puente en una guagua de dos pisos y al abrir la cartera para

pagar, la brisa la despojó de la receta, la cual cayó en el río Ozama. Hasta ahí, por azar, me protegió sin saber que yo estaba en su vientre.

Fui injusto al hablar de abandono ante el castigo de mi padre, pues mi ausencia de la escuela no tenía justificación, podía ver a Amparo los sábados y domingos. Así comencé a hacerlo hasta su encuentro con un señor de apellido Copello, que finalmente se casó con ella y se la llevó a Europa.

—Tu pela, Mario, fue la pela de un hombre educado en Inglaterra. Recuerda lo que hicieron tus abuelos con tu tío José Manuel, solo porque interrumpió unos minutos sus labores para acompañar a Luisa, la hija de Goyito, y cuyas relaciones eran lo más parecido a la historia de Romeo y Julieta. Eso no fue una pela, fue una crucifixión. Por suerte lo dejaron vivo.

Por ventura mi hermano es tan fuerte, incluso a diferencia de sus tres tíos que abandonaron para siempre la comarca, después de esas pelas torturantes, hincados en un guayo, él se quedó a vivir con la familia y reinició sus trabajos en los conucos, aún con las heridas vivas.

—Tu castigo fue enérgico, pero como siempre cuidando de no golpear en la cabeza, pues tu padre hablaba siempre de nunca tocar el cerebro de sus hijos, para no afectar sus estudios.

Capítulo IX

*A*l llegar a cierto tramo tuvimos que desviarnos. La civilización había traído enormes tractores y desaparecían calles conocidas que a ciegas nos conducían a donde quisiéramos; se construyeron otras, oscureciendo nuestro sendero a pesar de las luces. Teresa nos dijo, como para halagarnos: “es un error pensar que en el reino animal las hembras son más hermosas que los varones”.

Nos invitaba con miradas y gestos a observar a un gallo y una gallina iniciando una ceremonia de amor, y describía el plumaje y la elegancia del macho ante el casi descolorido plumaje de la hembra. Nos explicaba que no había violencia, sino coquetería, cuando el gallo perseguía a la gallina hasta alcanzarla, y que su canto al final del acto no era un gesto de prepotencia, sino de reconocimiento a la ternura y el éxtasis mezclados en los atributos de la hembra.

Momón y yo nos miramos tratando de entender la explicación de Teresa y si se refería a nosotros. Nos

quedamos a la espera de saber qué pasaba cuando había dos gallos y cómo comportarnos ante esta extraña situación vivida por nosotros.

Teresa nos dio una leve mirada a cada uno, como de admiración y satisfacción por su galantería al compararnos con gallos y hablar de hermosura. Yo era delgado y alto, reproducía atributos visibles de la raza negra, mi amigo era fornido y lo que más o menos se conoce como “jabao”, aunque de pelo casi negro. No me extrañó que pensarán que yo era hermoso en mi estatura y agilidad, me sentía seguro en los parámetros de mi raza originaria. Por lo menos eso siempre me dijeron y llegué a creerlo con tanta seguridad que nunca sentí los efectos del prejuicio racial y me movía sin vacilación en cualquier escenario.

Ni siquiera el incidente de la escuela afectó mi autoestima cuando uno de mis amigos, después de encontrar a su hermanita en una escena amorosa con uno de los estudiantes, le dijo: “Le voy a decir a papá que tú juegas a las malapalabras con los varones”, y ella le contestó, convencida de que era un pecado mayor: “Y yo le diré que tu mejor amigo es un negro”.

Ni el otro momento cuando una enfurecida señora, haciendo galas de su blancura, discutió con un joven y le dijo: “Cállese, usted no es más que un negro”. Al advertir mi presencia detrás de ella exclamó: “Esto no es con usted. Usted es un negro blanco. ¿No es usted el hijo de Mr. Watson?”.

Teresa se veía de lo más firme en medio de nosotros, y después de llorar con sus ojos enormemente bellos al pensar cuánto sufriría si excluía a uno de los dos, volvió a sonreír y nos felicitó por ser tan comprensivos con ella y permitirle continuar esta larga marcha con nosotros como dos juguetes activados a control remoto. Si avanzaba, avanzábamos; si reía, reíamos; si lloraba, llorábamos.

Un horizonte de perros ladra muy lejos del río, nos había dicho el profesor Burgos citando a Lorca; ahora escuchábamos los ladridos incesantes. Teresa reflexionó acerca de los perros como seres encantadores de la naturaleza y recordé las reflexiones filosóficas de Tito con relación a las fieras:

—No les quedó otro camino, ahí está su inteligencia. La fidelidad de los perros se debe a la soledad. Son iguales a las demás fieras, pero se encontraban lejos de ellas y llegaron a la conclusión de que era mejor vivir junto a los seres humanos que con otros animales. Los gatos pensaron lo mismo, pero solo las siete vidas los han hecho sobrevivir. Son traicioneros y malagradecidos. Los perros y los gatos se disputan el mismo territorio cercano a los seres humanos, pero los perros han ganado la partida.

El frotamiento de Teresa desde mi lado era cada vez más excitante y extraño. No había experimentado un momento en mi vida donde cada uno de mis poros parecían encenderse y transmitirme un calor que

encendía mi sangre, oprimiendo con ternura toda mi existencia.

No quisiera traicionar a mi amigo, pero quizás había llegado el instante de la decisión. ¿No es así, Momón? Me pregunté para mis adentros, sabiendo que no sabría qué decir, pues quizás mi amigo preguntaría lo mismo y yo tampoco sabría qué contestar. Quien tenía la respuesta estaba tranquila y feliz. No parecía sentir prisa por ningún desenlace.

Capítulo X

Conocí a Teresa durante una visita al poblado de San Jorge; ese lugar bailoteaba en nuestros oídos desde niños.

Teresa vivía a tres casas de mis familiares. Cuando una de mis primas me la presentó, sentí un extraño temblor ante su cuerpo envuelto en un vestido rojo. Su figura era rara en la comunidad, parecía una reina en el grupo de muchachas, su piel bronceada y la armonía de sus pasos eran una sinfonía en ese cañaveral azotado por el sol, donde la gente parecía solo destinada a sobrevivir. Para ir de visita era pasable, pero para vivir era un sitio triste y monótono. Tal vez por eso pensaba que lo único atractivo de ese lugar era Teresa.

—Vamos a jugar —dijo—, pero no con los varones de un lado y las hembras del otro. Debemos integrarnos todos en un solo juego y propongo que juguemos al hospital.

Su sugerencia se acogió como una orden y ella actuó como la líder indiscutible del grupo.

En el juego me tocó el papel de médico y hasta me entusiasmé tomándole la presión a todos, principalmente a ella, que sonreía al darse cuenta lo nervioso que me ponía cuando le tomaba el pulso; me miraba con firmeza, conquistándome desde ese día.

Teresa era una auténtica mulata salida de los hornos y cuidada por los dioses de todas las constelaciones, hecha con un molde especial. Sus piernas eran una prolongación armónica de todo el cuerpo, el cuello parecía dirigir los movimientos de la cintura para arriba y su cabeza, rodeada de un cabello fuerte y abundante, lucía inmóvil ante el contraste de sus ojos que se movían al ritmo de un poema, *ojos de paloma contentivos de dichas*.

Desde niño, mis padres quisieron que estudiara medicina y se generó un entusiasmo tal que influyó a toda la familia. Poco a poco mi afición por la literatura se fue transformando.

Ahora fui médico de Teresa y me sentía realizado; eso me permitió estudiar su cuerpo, pues era la única que tenía una ropa ligera frente a sus contornos esculturales, las demás parecían monjas en sus vestiduras.

Cuando mi padre dio la orden de regreso, algo de mí se quedaba en San Jorge. Continuamos la comunicación a través de mis primas hasta que pude retornar y comprometerla a reunirnos el primer día de vacaciones. No

conocí a sus padres ni pregunté por ellos ni siquiera tuve tiempo para esos detalles sin importancia para mí, pues mi atención en ella copó todos mis sentidos.

No me imagino dónde la conoció Momón ni recuerdo que haya hablado de familiares en esa zona. No me atrevía a preguntarle nada acerca del tema ahora delante de Teresa, pero algún día mi amigo me contará su historia, que sumada a la mía ha creado este tríptico amoroso.

Quería aprender de memoria la carretera que me conducía de regreso a casa, pues deseaba volver. Un domingo decidí caminar hasta llegar a su casa; me convertí en un Ulises al desafiar todos los obstáculos; los cañaverales se recostaban con la brisa que me ayudaba a llegar. Ahí volví a ver a Teresa con un jeans azul y una blusa del mismo color; tenía unos zapatos grises y parecía preparada para salir a alguna parte. Llegué donde estaba sentada en la parte frontal de la casa, se extrañó al verme, parecía alegre; los hoyuelos de sus mejillas se hacían más hondos y tenía unos aretes que se movían con un ritmo cadencioso.

—Qué bueno que has venido, pensaba que nunca volverías. Tus primas me dijeron que eres muy serio con los compromisos y discutía con ellas dudando de tu retorno. Siéntate.

—He venido a coordinar el encuentro del primer día de vacaciones, el lugar y la hora, pues debo regresar.

Bajo el cielo un poco nublado se concretó la cita ni una palabra más. El adiós fue expresado con las manos y las miradas que se conectaron algunos instantes después de mi salida.

Solo tenía espacio en mi mente para repetir “primero de julio, siete de la noche, calle diez esquina primera, cerca del segundo solar lleno de cayenas”.

¿Quién era en realidad Teresa? ¿Quiénes eran sus padres? ¿Sus hermanos? ¿Tendría más familiares? ¿La traerían en algún barco y alguien la adoptó desde niña? ¿Cuál sería más o menos su historia?

En verdad, por primera vez me hacía estas preguntas. La acepté y me sentía aceptado desde el primer vistazo. Y Momón, ¿cuál será su historia con Teresa, será parecida, igual o más romántica que la mía?

Lo que está claro es que conquisté medio territorio, tuve la mitad de su cuerpo para mí, la diferencia es que del otro lado no había un enemigo y eso significó algo más que la ausencia de guerra: la paz entre las partes, armónicas maneras de concebir el amor y compartirlo.

Mientras parecía desfallecer de amor —y así percibí a mi amigo en el otro extremo—, Teresa avanzó desafiando la oscuridad de la madrugada como un silencio que camina. Nosotros nos aferramos a sus brazos, cada uno en su exacta mitad, en ese territorio que ninguno quiso violentar para que reinara el amor y la amistad,

evitando que la pasión enceguedora incendiara estos montes acogedores.

Sentimos la parte de su cuerpo que nos invitaba al llamado de la carne, el alma pareció haber huido y dejarnos expuestos a un movimiento de caderas derramando el amor. Teresa estaba estrechando el círculo con fuerza y, de repente, mis manos y las de Momón se tocaron mientras tratábamos ambos de abarcar la cintura de Teresa, en ese instante se cruzaron entre nosotros miradas poco amistosas.

—Este es un camino poco conocido —dijo Teresa—, nos acercamos a mi casa. Se quedarán unos metros antes, no puedo llegar con ustedes, sería un escándalo a esta hora. Con firmeza nos dio un beso a cada uno y moviendo levemente los brazos, desapareciendo en el vientre de la noche, nos dijo: “Los quiero a los dos”.

Capítulo XI

*M*i abuela negaba con firmeza la llegada del hombre a la Luna.

—No es posible —decía—. El papel de reinar en los cielos es solo de Dios, no de los hombres. Ella había aprendido a leer con la Biblia, por eso su fe era cada vez mayor, lo consideraba un milagro.

La llegada a la Luna generó los más grandes debates en el vecindario. Éste se dividió entre los que juraban que sí, con la prensa en las manos, y los que, como mi abuela, sostenían que era imposible.

—No es casual que los primeros en iniciar esa locura fueran los rusos, el comunismo quiere competir con Dios y los americanos ahora les hacen el juego para que haya más confusión —expresó Genaro, el nuevo pulpero que iniciaba su competencia con Tito y que se había ganado una parte de nuestros padres con sus ideas conservadoras.

Mientras todos oraban de rodillas en la casa de mi abuela, llegaron Estenia y su amiga a informar que no habíamos regresado; pero Estenia tuvo que esperar toda la ceremonia e integrarse para no hacer sentir mal a su madre, pues profesaban religiones distintas: ella era católica y mi abuela adventista.

—Esperé que terminaras de orar, para decirte que Rosanna y yo estamos muy preocupadas por la tardanza de Mario y Momón; salieron desde muy temprano. Al principio pensamos que estaban en algún juego de pelota, pero al extenderse su ausencia hay que descartar esa posibilidad.

—Aunque las hembras tienen sus problemas, los varones están más expuestos al peligro —expresó doña Fina—. Imagínense ustedes a Chicho cuando tenía la edad de los muchachos, ese sí que me daba sustos, él quería hacer felices a todas las mujeres; un día me lo dijo así mismo, con su cara fresca: “mientras más mujeres sean felices el mundo estará mejor”, ¿tú te imaginas? Con el perdón de Dios, yo me hago la desentendida, porque es tan buen hijo, tan buen padre y tan buen hermano, que una a veces termina hasta riéndose. Dios le perdone esas ocurrencias.

—Eso sí, pueden ser miles pero Justina es su reina. Desde que comenzó a tener hijos con ella ha cambiado, ahora hace las cosas con más cuidado. Él se me desaparecía, pero uno sabía que estaba protegido por

mis oraciones y en los brazos de alguna de las que él quería hacer feliz. Dios mío, perdóname.

Doña Fina trató de disipar la preocupación de Estenia y Rosanna, explicándoles las experiencias con su hijo Chicho, que se desaparecía con frecuencia y al final aparecía.

—Mis diez hijos —continuó doña Fina—, todos están vivos y mis nietos también. Cálmense que esos muchachos deben estar como Chicho, tratando de hacer felices a dos muchachas.

—Mientras tanto, acompáñeme a orar por ellos, pues es solo Dios al que debemos pedir por nosotros y él los protegerá como siempre lo ha hecho.

Mi abuela tenía una esbeltez que denotaba belleza; su porte se mantenía a pesar del avance de sus canas. Sus cabellos parecían enredaderas en su cabeza llena de sabiduría. Orientaba a toda la familia después de la muerte de don José y doña Julia, que parece se habían puesto de acuerdo para darle la estatura de él y la capacidad de dirección de ella. Tenía un rostro mezcla de la negrura de mi bisabuelo y la clara tez de doña Julia. Un carácter dulce y tierno bendecido por Dios le granjearon la admiración colectiva.

Era una casa de oración, la mayoría de sus diez hijos oraban junto a ella con un fervor poco común. Sus oraciones eran un bálsamo dulcificando las aspe-

rezas de una familia orientada hacia la bondad y la honestidad.

La familia Mañón Juliá había crecido bastante y a partir de Villa Catalina Abajo se habían creado núcleos en el Nueve, San Jorge, Quisqueya, reuniéndose todos solo en la fiesta de Año Nuevo. Llegaban de los diversos lugares cargados de pastelitos, lerenes, manicongos y dulces que iniciaban en los jardines del patio la fiesta anual, orientando nuestra niñez hacia la solidaridad permanente.

Mis bisabuelos presidían las fiestas, pero solo don José bailaba, despertando con su alegría tradicional el entusiasmo de todos. Doña Julia era más formal y nunca la vi bailar. Pequeña de estatura, tenía un vigor que la convertía en ley, batuta y constitución, pero se transformaba los días de Navidad y Año Nuevo, permitiéndonos libertades imposibles de imaginar en otro momento del año, cuando el trabajo orientaba con dureza medieval cada una de las acciones de la familia. Con el reinado de mi abuela al fallecer sus padres, se dulcificó un poco más el ambiente cotidiano, la fuente religiosa y el carácter, aunque fuerte, tolerante de doña Fina inició un período más democrático.

La presencia de mi padre y su cultura permearon a toda la familia, que se sintió protegida y dignificada ante toda la comunidad. Era frecuente oír decir a los muchachos durante las reyertas: “no tiren piedras, que ahí vive Mr. Watson”.

Capítulo XII

La mañana había comenzado distinta a las transcurridas en los últimos tres meses. Mi madre tuvo que despertarme con alguna insistencia:

—Se acabaron las vacaciones —me dijo—, tu padre ya salió para sus clases, tiene una a las siete, pero siempre llega antes, me pidió garantizar tu asistencia el primer día a la escuela, pues, como sabes, él no cree en eso de que el primer día no hay docencia; él entiende las ausencias como una forma de prolongar las vacaciones, faltando el lunes continúan el martes y el miércoles y, finalmente, toda la semana.

Me hubiera gustado quedarme en la cama, pero el esfuerzo habría sido inútil. Decidí entonces organizar mis cosas, con la ayuda imprescindible de mi madre.

El barrio parecía renovado y las muchachas lucían crecidas en tamaño y belleza, pero debía concentrarme en las nuevas tareas escolares, comenzando con la clase de Literatura que el profesor Burgos nos daba, salpicada de citas de los clásicos dichas con entusiasmo, casi con delirio.

El profesor Rolando Burgos no era solo un profesor, era nuestro guía literario, pues no se limitaba a las tareas del libro de literatura, que se sabía de memoria, incluyendo la localización de la página correspondiente a cada tema, nos recomendaba y prestaba libros que, a veces, ni le devolvíamos. Decían que estaba trastornado porque hablaba solo en los pasillos, un día Momón y yo nos le acercamos y en realidad no hablaba solo, recitaba *La marcha triunfal*, de Rubén Darío, poema que junto a *La amada inmóvil*, de Amado Nervo, eran sus preferidos.

En novela era devoto de Cervantes, no solo del *Quijote*, sino también de las *Novelas ejemplares*. Era delgado, de tez blanca, dorada por el sol que recibía de sus largas caminatas, nariz aguileña y rostro siempre serio. Momón decía que el Quijote descrito por Cervantes tenía un extraordinario parecido con él.

En el recreo había otra sesión de Literatura Informal con el profesor de francés Jacques Viau, un poeta haitiano que parecía hijo de un francés con una haitiana. Su color difería de la negritud de sus compatriotas hacinados en los ingenios azucareros. Más bien era un mulato con facciones parecidas a otro escritor haitiano, Jacques Roumain, pero sin ningún prejuicio, él se sentía orgulloso de ser haitiano, era solidario con el país que lo había acogido desde niño. Hablaba de sus dos patrias, a una de las cuales entregaría luego su vida a los 23 años, enfrentando las tropas invasoras.

La clase de Matemática estaba pautaada para el final y quedábamos exhaustos en una rutina de lunes a viernes. Mientras nos explicaban las sumas de polinomios, Momón y yo miramos la pizarra en el momento en que una enorme T (referida al total) después de múltiples operaciones, nos condujo hasta Teresa. Sabíamos que había cosas pendientes que aclarar y precisar, a propósito de nuestra experiencia; ya que el futuro era incierto después de aquella expresión “Los quiero a los dos”, mientras se despedía de nosotros.

Acordamos consultar, antes de tomar una decisión que pudiera dividirnos y convertir en una lucha a la altura de la guerra de Troya, esta decisión de seguir enamorados de Teresa hasta que ella se decidiera por uno de los dos.

¿Si Teresa tomara una decisión sería nuestra amistad igual que ahora? En realidad no sé, Momón dice que sí, pero no puedo adivinar su grado de sinceridad.

—Momón —le dije al salir de la escuela—, creo que debemos decidir esta situación; te propongo que consultemos a Tito. Cometí el error de decírselo a mi tía Ana. En todo el barrio se sabe que estábamos con una muchacha y que se había despedido cuando le insistimos por una definición expresando “Los quiero a los dos”.

Tito nos dijo que el caso no era de teoría, sino de práctica: “Primero tienen que averiguar si ella es la única mujer que pueden amar” —dijo, llevándose las manos a la

barbilla—. “Por la cara que ponen ante mi pregunta, parece que la respuesta es ‘sí, es la única mujer’. Entonces, si es cierto, ¿cuál es el problema de compartirla?”.

Momón y yo nos miramos, a ninguno de los dos nos pareció adecuada la propuesta. El muro de silencio inundó la sala y descartó la nueva pregunta y Tito decidió que era inevitable el conflicto. “Tienen que disputársela, que gane el mejor”, dijo. Luego se puso de pie y deslizó sus manos sobre nuestros hombros.

Capítulo XIII

El regreso al ingenio San Jorge para preguntarle a Teresa con cuál de los dos se quedaría fue distinto. Momón y yo tomamos cada uno un extremo de la larga carretera sin decir ni una palabra, sin mirarnos, asumiendo el papel de Héctor o Aquiles, como nos lo había narrado el profesor Burgos extrayéndolo de la obra de Homero.

Nos explicó que el rapto de Helena de Troya había sido el motivo de una guerra y recordó al poeta Ramón Francisco: “*Helena bien valen tus ojos una guerra*”. Lo del territorio dividido y la decisión de que habría paz se había derrumbado, Tito nos demostró que si Teresa nos dijo después de un proceso tan largo que nos quería a los dos, solo su cambio de actitud a favor de uno evitaría la guerra entre nosotros por su amor. También que ambos habíamos utilizado la inteligencia para mantener la amistad, pero que ahora parece que el uso de la fuerza es inevitable. “Estos dos gallos no caben en una misma traba”, nos dijo, y la imagen del territorio conquistado

me volvió a la mente, pero ya de una forma diferente, todo apuntaba hacia la guerra.

Pensé que cuando afirmamos “más que el amor es la amistad”, en realidad no fuimos sinceros. Lo dijimos porque cada uno creía que sería el elegido.

El cañaveral nos servía como único panorama visual en medio del silencio. Vi a varios braceros que salían sudorosos de los estrechos caminos, y vino a mi mente el relato de los inmigrantes haitianos, traídos presumiblemente en goletas como nos contara Agustín, a quien, aunque era dominicano, le apodaban el Haitiano, conductor de una de esas embarcaciones, según narró él mismo.

Era una nave para cuarenta personas y transportaban doscientos, pues los empresarios les pagaban a funcionarios haitianos por cien y en los bosques de Haití iban reclutando a los otros. Los empresarios dominicanos estaban convencidos de que los engañaban, pero los haitianos pensaban lo mismo.

Entre los cien que se convertían en doscientos venían por lo menos treinta aquejados de tuberculosis y otras enfermedades, y no podían soportar la falta de espacio vital, llegando por lo menos veinte hombres muertos, a los que terminaban lanzando al agua o tirando en los cañaverales.

Agustín nos había dicho que él solo conocía de esta modalidad a través del mar, pero que su primo Kilo

conducía un Catarey que los traía por tierra a través de la frontera y la historia era la misma: al llegar caían como frutas podridas los cadáveres de quienes no resistieron el trayecto.

“Estos cañaverales tienen historias sangrientas a pesar del silencio que los envuelve”, pensé.

A la distancia percibí que Momón había inclinado su ojo izquierdo algunos centímetros y parecía mirarme de reojo, pero para que yo me diera cuenta debí haber hecho lo mismo con mi ojo derecho. Es decir, la equidad se mantenía, ninguno quería ceder ni un ápice frente al otro ni siquiera en el tamaño del ángulo producido al inclinar la mirada.

Para nuestras madres hubiese sido impensable ver a sus hijos prácticamente a punto de una guerra por el amor de una muchacha y quizás solo por el disfrute posible de su cuerpo, pues no sabíamos en realidad si Teresa tenía otros amores o si de verdad amaba a uno de nosotros. Era el extraordinario placer de estar a su lado lo que en realidad nos disputábamos, pues con la mitad del territorio la experiencia fue tan sublime, qué sería con el cuerpo completo para uno. ¡Todos los poros del cuerpo de Teresa para el escogido!

No era por los ojos de Helena, como en la mitología griega. Se trataba de cada uno de los milímetros de su cuerpo, que comenzaba con leves y tiernos frotamientos y que podría incendiar todo el cañaveral.

De seguro Momón debe haber examinado los tres escenarios posibles: primero, que Teresa repitiera “los quiero a los dos”, segundo, que dijera “quiero a Momón”, y tercero, que dijera “quiero a Mario”.

En el primer caso volveríamos a la situación inicial y entonces vendría la solución violenta de la traba gallera que discutimos con el filósofo del barrio, lo cual suponía un acuerdo de caballeros. Pero podría haber dificultades, Teresa podría no estar de acuerdo con un pacto del que ella no formaba parte, no había estado presente y ni siquiera tenía información. Además, el pacto era entre caballeros y Tito nunca le daría participación, pues para él, las mujeres deben ser obedientes y sumisas, y Teresa, como sabemos, es exactamente lo contrario. Desde pequeña se siente segura, valiosa, imprescindible y bella, heredera de reinos antiquísimos, no aceptaría que su destino sea decidido en una especie de ring de boxeo, de espectáculo de lucha libre o de traba gallera. El segundo escenario anularía todo el discurso anterior de Teresa acerca de la tristeza que la embargaría si se hubiera decidido por uno de los dos, con respecto al regreso y la soledad, y volvería quizás a llorar y a hablar del brazo mutilado de la Venus, y entonces volveríamos al mismo círculo. La tercera posibilidad podría traer las mismas consecuencias de la segunda y ahí recuerdo los polinomios, las reglas de tres de la clase de Matemática, en dos polinomios iguales, el resultado sería igual o algo parecido.

Estaba preocupado en verdad y ahora la mitad del territorio conquistado no estaba a mi lado encendiéndome los poros, o mejor dicho, los vellos alrededor de los poros y esto es una dificultad real para avanzar, pero el combustible está ahora en el alma. El deseo inmenso de volver a verla y tal vez hasta tenerla para mí solamente me daba fuerzas y, al parecer, también a Momón, pues al aumentar con mucho cuidado mi ángulo visual, para que no crea estoy cediendo, observo que hemos recorrido el mismo trayecto, él por la derecha, yo por la izquierda, sin que probablemente ninguno se haya quedado detrás ni por una milésima de metro de distancia.

¿Qué estará pensando Momón ahora? ¿Habría llegado a la misma conclusión y hecho las mismas reflexiones acerca de los tres escenarios probables y sus consecuencias? Es posible, pero también podría estar elaborando en su mente un poema para decírselo a Teresa cuando lleguemos y eso podría romper el equilibrio. Para mí sería fatal, porque aunque él también escribe poesía, se supone que el poeta soy yo, sería la más grande humillación que al llegar él le recitara un poema describiendo sus ojos, su sonrisa con hoyuelos, sus pechos, tal vez recurriendo a una cita de Pablo Neruda en sus *Veinte poemas de amor y una canción desesperada* y venga Teresa y diga “me inclino por Momón, por el gran poema inspirado por mí”. Esto se extendería por toda Villa Catalina y no me dirían a mí el Poeta, sino a

Momón y entonces yo no perdería solo la mitad conquistada de territorio amoroso, sino hasta la condición de poeta que, se supone, es lo único que puedo exhibir.

Algunos son admirados como cantantes, a Momón le decían “el Marichal” como gran pelotero, y ahora si ocurría lo que presiento me quitarían lo de poeta y él tendría doble corona.

El escenario podría ser la poesía, entonces diría el profesor Burgos, citando a Sartre, “¿para qué sirvió la literatura?”. Bueno, si Momón me vence en la poesía y conquista a Teresa, se demuestra que sirve para algo: para conquistar a una muchacha excepcional.

Esta preocupación se mantenía en mi mente durante todo el trayecto y fui construyendo algunos versos por si la estrategia de Momón era esta, pero en verdad era difícil para mí orquestar un poema, mientras caminaba, solo con las palabras que llegaban a la mente, además existía la posibilidad de que al final se olvidaran y lo peor sería que tratando yo de tener cuidado con no ofender a quienes dijeron que mi poesía no tenía las sutilezas del lenguaje, dijera un poema que a Teresa le guste menos que el de Momón, entonces tendría todas las de perder. Mi poesía no gustaría y me volverían a dejar fuera de los recitales y ni siquiera serviría para conquistar a Teresa.

Pensé que este era un extraordinario problema. No había aprendido a conducir; no nadaba, no escribía a

máquina ni bailaba; era torpe para todos los trabajos prácticos y estaba a punto de perder lo único que me reconocían algunas personas: ser poeta. Mi única salvación es que a Momón no se le haya ocurrido eso, que su mente esté en otra cosa y que no haya competencia en este renglón, que esto solo sea en el fondo producto de mi imaginación enfebrecida por el recuerdo del inolvidable viaje con Teresa mientras era dueño de la mitad de sus encantos.

Capítulo XIV

Cuando divisamos, probablemente al mismo tiempo, las casas montadas en pilotillos del ingenio donde residía Teresa, estábamos lejos de imaginar lo sucedido a nuestra llegada. Aún teníamos los uniformes, no habíamos comido y sudábamos copiosamente, quizás debí dirigirme a la casa de mis familiares cercanos, pero tal vez hubiese sido un error dejar a Momón solo.

Nos dirigimos ambos a la casa de Teresa y la encontramos herméticamente cerrada. No se oía el más mínimo ruido que denotara la presencia de persona alguna en este lugar y la puerta tenía una enorme tranca. Ahora sí debía ir donde mis familiares para averiguar el destino de Teresa. Pero antes, pensé en una tregua para dialogar. Tito nos bautizó como combatientes y sabíamos, por los relatos y las lecturas, que en las más encarnizadas batallas se pactaban treguas y era el momento de un alto al fuego, pues la situación había cambiado totalmente.

Cerca de nosotros pasaban algunas aves domésticas, patos, gallos, gallinas y gansos desfilando por una pileta de poca profundidad, sirviéndonos de espejo en la parte lateral de la casa. El sol no había cedido ni un ápice su intensidad, una nube de polvo cruzaba por nuestros ojos con residuos de la caña.

—Momón —dije con firmeza—, tenemos que hacer una tregua y tomar una decisión, pues ni Teresa ni sus familiares están por aquí y debemos ponernos de acuerdo acerca de los próximos pasos.

—Como en toda guerra —respondió él— se hacen altos al fuego para curar a los heridos, estoy de acuerdo.

Y aprobada la tregua para curar nuestras heridas del alma, cada uno comenzó a trazar su estrategia, para volver a combatir.

Momón parecía ponerse sensible y romántico cuando mencionaba heridas del alma; probablemente así comenzaría el poema que imaginé podría estar elaborando para decírselo a Teresa y, aunque es un evidente lugar común, esas son las formas que más le gustan a la gente, y a lo mejor fue un golpe de suerte para mí la ausencia de Teresa.

—Momón, al lado viven unos familiares míos a quienes podemos preguntarles por ella —le indiqué.

Momón se quedó pensativo, quizás suponiendo una relación más íntima con Teresa que yo no le había revelado, tal vez recordando cómo conoció a Teresa,

aspecto que como estaban las cosas entre nosotros era imposible preguntarle nada.

Nos dirigimos al lugar convenido, era una casa igual que la de Teresa, montada en pilotillos pintados del mismo color, aunque con algunos dibujos hechos por un aprendiz, que en vez de mejorar su aspecto frontal parecían desfigurarlos.

—Primo, ¿qué lo trae por aquí? —me preguntó Vicenta, con una sonrisa de picardía, convencida de que no era una visita familiar sino amorosa.

Quería ir de inmediato al grano. Inquirí por Teresa y me dijo de inmediato que se había mudado la noche anterior, pero que no se despidió de nadie.

—Sabemos de la mudanza por el sonido que produjo el camión en la madrugada, pero en realidad no nos informaron nada, a pesar de que, como sabes, nos llevamos muy bien —agregó mi prima Vicenta, exhibiendo con rítmicos movimientos su cuerpo mulato revestido de una bata visiblemente húmeda y sandalias de goma. El pañuelo en su cabeza denota que estaba en el baño cuando tocamos su puerta. Conversaba con nosotros sin abrirla totalmente, y sin invitarnos a pasar; parecía no tener más ropa que la bata que le cubría el cuerpo mojado.

¿Seguiríamos investigando? ¿Volveríamos de regreso a nuestras casas?

El panorama se ha presentado más cercano a la tragedia griega descrita por el profesor Burgos que a la radionovela preferida por nuestras madres. Nuestros pies estaban destrozados, no soportábamos el hambre, gastamos lo poco que teníamos en el recreo y prácticamente éramos dos enemigos, lo que disminuía la posibilidad de una solución fraterna y solidaria, como había acontecido por años.

Nos despedimos desde la misma puerta de la casa de mi prima, que parecía estar sola y nos sugirió tener cuidado en el camino, pues había circulado el rumor de problemas que anunciaban por lo bajo persecuciones políticas.

—A mi hermano Oscar lo vinieron a buscar ayer porque, como sabes, él es de los duros del movimiento revolucionario —nos dijo.

Momón extrajo de su bolsillo un minúsculo radio japonés, salimos como autómatas de regreso a nuestras casas. Tres emisoras fueron captadas por Momón y se detuvo en una guaracha de Celia Cruz, que más o menos decía: *Tongo le dio a Borondongo, Borondongo le dio a Bernabé, Bernabé le metió a Muchilanga, le dio a Burundanga le gincha lo pie.*

El ritmo cadencioso continuaba mientras Momón seguía buscando y encontró en otra emisora a Fernando Valadez, que con voz quejosa repetía “*Por qué no he de llorar si solo así descanso, no hay penas que sin llanto se*

puedan soportar". "Porqué fue que Tongo le dio a Borondongo, porqué Borondongo le dio a Bernabé", volvía, de nuevo, en la otra emisora, Celia Cruz.

Entre boleros y guarachas transcurrió el regreso gracias al radito japonés.

Al regresar a Villa Catalina, toda una multitud encabezada por mi tía Ana nos esperaba para conocer el resultado de la batalla por Teresa, pero Momón me dijo:

—Mario, creo que debemos hacer un pacto. No debemos hablar de lo sucedido con nadie.

Me parecía adecuada la propuesta de Momón, pero quise agregar algo, con excepción de Tito, y él aceptó de inmediato. Pero ahí volvía a la otra emisora de nuevo con "*si lo que más quería, que fue mi noche y día se acaba de marchar*".

Momón y yo nos miramos sin decir ni una palabra.

—Entonces eso sucedió así —dijo Tito después de nuestro minucioso relato.

Por la ventana penetraba el bullicio del chulo Jacinto y el grupo de mujeres bailando al ritmo del Gran Combo "*Perfume de rosas tiene tu alma*", y un disco de Johnny Ventura anunciando la llegada del cuabero, en una fiesta que parecía inacabable, mientras Tito cerraba las ventanas para exponernos su última reflexión filosófica.

Un silencio que camina

Sentí que había mucha presión en dos personas jóvenes, pero al haber una gran carga de amistad siempre pensé que si caminaban, la carga de amistad y pasión se irían arreglando en el camino. Parece que me equivoqué. Nos despidió en la puerta de su casa mientras escuchábamos y ahora con toda intensidad, una fiesta donde Daniel Santos decía *“Yo no he visto a Linda, parece mentira, tantas esperanzas que en su amor cifré; no le dijo a nadie, no dejó una huella, no se sabe de ella, desde que se fue”*.

Capítulo XV

La mañana de Villa Catalina, sobre todo de Catalina Abajo, parecía tener un brillo especial. Desde hacía días se anunciaba una fiesta en la sociedad mutualista, que cumplía un año más de existencia. El combo de Papito Suárez había sido contratado y desde temprano una guagua anunciadora recorría todo el vecindario. Siempre en las festividades Momón y yo planificábamos todo para participar juntos, pero esta fiesta era la primera que nos sorprendía casi enemigos. Decidí visitar algunas de las casas cercanas para hablar con los muchachos y en todos los lugares me preguntaban por él. Era costumbre vernos juntos, ya sin nuestras madres o mi tío.

Al volver a mi casa por la carretera central, divisé la figura de Momón caminando por la misma vía en sentido contrario, lo que nos obligaría a tropezarnos, a menos que uno de los dos decidiera dar marcha atrás y devolverse. Mi tía Ana continuó difundiendo lo de Teresa

por toda la comunidad y se fueron acercando muchachos y muchachas para ver que pasaría cuando nos encontráramos, ahora sin la presencia de Tito, que había optado por ser neutral y dejar que resolviéramos la contradicción por nuestros propios medios.

La desaparición de Teresa nos impedía preguntarle nada a ella y la confrontación parecía inevitable.

Momón era en realidad más fornido que yo, pues practicaba deportes con más constancia. Yo era más delgado y quizás mi única ventaja eran los brazos largos que casi me llegaban a las rodillas.

En lo que sería más o menos el medio de la calle central, cerca de una enorme mata de limoncillos nos encontramos, y él, con un rostro desafiante y serio, después de dar unos pasos que parecían un movimiento preparatorio de una jornada boxística dijo:

—Señor Mario Watson, mi ex amigo, nunca imaginé que llegaría a traicionarme, yo que tanto he peleado por usted.

Lo de “señor Mario Watson” lo escuchaba por primera vez de sus labios y riposté en iguales términos.

—Señor Ramón Tapia, si alguna traición ha habido proviene de usted, estoy seguro de que el primero en conocer a Teresa, fui yo. Ella me dijo no conocer a nadie en Villa Catalina antes de nuestro encuentro en San Jorge.

—Es todo lo contrario, señor Watson, yo la conocí primero, pero decidí mantener en secreto todo esto, como una prueba para saber hasta dónde llegaba su amistad y soporté toda esta caminata compartiendo a Teresa con la esperanza de una rectificación.

Mientras el diálogo continuaba, los gestos desafiantes iban tomando una dirección irreversible.

Cada uno tomó una posición de combate y con las exclamaciones de una multitud dividida que decía “dale Mario” y otra “dale Momón”, se inició uno de los pleitos más prolongados que recuerde Villa Catalina. Nos fuimos de bruces dando vueltas como un solo cuerpo, en las enlodadas calles de Catalina Abajo, hasta que Estenia y Rosanna, desesperadas después de intentar separarnos en medio de un llanto cruzado, decidieron buscar a Mr. Watson, que logró, con su reconocida fortaleza, terminar el más escandaloso de los pleitos jamás escenificados en ese lugar, cuyas consecuencias afectaron la fiesta que se daría en la noche. El presidente de la Sociedad Mutualista, junto a la directiva, suspendió toda festividad, pues la comunidad quedó dividida entre los maristas y los momistas, desatándose discusiones y confrontaciones físicas que obligaron a pedir auxilio de la fuerza pública para devolver la tranquilidad a una comunidad pacífica, cristiana y progresista, como dijeron el sacerdote y los pastores de las religiones en que estaba dividida Villa Catalina.

Capítulo XVI

*M*i Momón ni Teresa volvieron a mi mundo. Oí decir que él comenzó a trabajar y dejó los estudios. Lo contrataron en una compañía extranjera por su condición de pelotero. Jugaba en un equipo doble A y por eso en realidad le pagaban. El auge del béisbol había estimulado a varias empresas a crear equipos de pelota con su patrocinio. De Teresa no supe nada ni siquiera volví al ingenio durante los tres años en los que incrementé mi dedicación a los estudios hasta hacerme bachiller, aunque reconozco que no olvido la ternura experimentada en la mitad del territorio que poseí en esa marcha de amor. De sor Angélica supe que abandonó los hábitos y se casó con uno de los hombres más ricos del país, de apellido Chotín. Me esperaba el Centro Universitario de Estudios Generales previo a mi ingreso a una de las carreras. Ahí también comenzaron a concretarse mis ideas políticas revolucionarias, las cuales entrarían a formar parte de mi vida. Me sentía adulto y comprometido. Repudié el golpe de Estado al primer gobierno democrático después de la caída de la

tiranía, apoyé la insurrección para restablecer la constitucionalidad y la guerra patria contra la segunda intervención norteamericana durante el siglo XX.

En tres años, Villa Catalina había cambiado: la laguna de Salazar había sido secada para construir una empresa avícola enorme y la carretera que comunicaba a Catalina Abajo con Catalina Arriba fue desapareciendo con la presencia de enormes máquinas que terminaron haciendo de Villa Catalina una nueva comarca donde un supermercado había prácticamente quebrado las dos pulperías que se dividían la clientela, la cual disminuía, al igual que los negocios, con la muerte de Tito y Genaro. Para mí fue una sorpresa retornar y ver los cambios, porque cuando nos fuimos a apoyar la insurrección popular nos vimos precisados a alejarnos del lugar por las represalias contra los que respaldaron el retorno a la constitucionalidad sin elecciones.

Algunos de mis compañeros habían sido sacados del país, otros murieron y algunos no han regresado sin saber su paradero.

Mi caso fue distinto. Mi padre, que había trabajado como profesor de inglés en la Academia Militar, hizo el compromiso de que me dedicaría a los estudios y fue una garantía más o menos respetada, pues un día me detuvieron y me condujeron, después de múltiples insultos, hacia un puesto policial. Alguien se lo informó a mi madre y ésta corrió junto a algunos de mis familiares detrás de mis captores: “Tengan cuidado que él es hijo

de Mr. Watson”, les decía. La prisión fue breve y después de unas llamadas procedieron a despacharme.

Villa Catalina había cambiado al igual que el país, pero mis familiares seguían su vida, ahora integrados los jóvenes a la construcción de edificios que fueron dando a la comarca un aspecto urbano. Mi abuela continuaba sus oraciones con el mismo fervor y mi tío Andrés, el de las enormes champolas y líder del carnaval, había desaparecido. Pensamos que se trataba de una acción política, pero mi abuela, acostumbrada ya a sus desapariciones, rezaba con la esperanza de que retornara lo más pronto posible. Mi tía Ana seguía como vocera de la comunidad y Lázaro continuaba imitando a Eduardo Brito, mientras trabajaba albañilería. Mi tío Chicho se había ido a Nueva York en busca de una mejor vida y comenzaba allí a trasladar a Justina y a los muchachos. Mi tío José Manuel continuaba como el protector de siempre. Los demás seguían sus rutinas como si la civilización no hubiera llegado con sus tractores gigantes.

Capítulo XVII

*R*econozco que había en mí algo de remordimiento, de culpa, de dolor. Los compromisos del partido habían retrasado mi llegada a la clínica donde ingresaron a mi padre. Además, quería convencer a Daniel de que no era pertinente salir a poner afiches esa noche.

Fracasé en mi intento, él consideró que era un acto de vacilación de mi parte y que no debíamos amedrentarnos. El gobierno exhibía su fuerza con ametralladoras 50 y 70, emplazadas en vehículos repletos de patrullas mixtas. Decía Daniel que más bien era un acto de debilidad, pues durante este período, que duraría doce años, no había visto tantos soldados en la calle.

Daniel era un revolucionario auténtico, venía de las capas más pobres y veía en el ejemplo de la revolución cubana la única posibilidad de superar la miseria y la falta de libertad en nuestro país.

Crucé la carretera central para llegar a la clínica donde me esperaba mi padre, que había notado mi ausencia en esos días de su enfermedad, para relevar

los turnos hechos en las noches anteriores por mis hermanos.

Cuando ingresaba por la sección de emergencia, en uno de los noticiarios radiales escuché la aparición de dos cadáveres acribillados a balazos en el cementerio; mientras subía los escalones hasta el segundo piso no pude desprender de mi mente la idea de que Daniel y Gabi eran los jóvenes que habían aparecido muertos.

Gabi, al igual que Daniel, había abrazado la causa revolucionaria con devoción febril.

Al abrir la puerta observé a mi padre en mejores condiciones que las esperadas. Se notaba fuerte como siempre.

Ahora pienso que esa contextura que adquirió en Jamaica, combinando el trabajo intelectual con las labores duras del campo, se la transmitió, al igual que su nombre, a mi hermano Adolfo Watson.

Con su calor recordé sus visitas sorpresivas a la escuela, las cuales me daban tanta seguridad, el descubrimiento de los helados de frambuesa y las barquillas. Las chinas peladas a máquina no, esas las conocí con mi abuela, cuando me llevó a la policlínica y me llenó de regalos para que me dejara inyectar; con ella conocí también los dulces de jalao.

Con mi madre conocí los caballitos de madera y recuerdo que fue en un lugar llamado El Trocadero,

con árboles en el centro y bancos para que uno se sentara a ver pasar la gente. El calor nuevo era el de mi padre, por eso me parecía un momento que me remitía a la niñez, porque mi madre siempre nos trató de cerca, pues era dominicana y mucho más joven que él; parecía en realidad una hermana mayor de sus hijos.

—Te había extrañado. Eras el único que no había venido y les dije a tus hermanos que quería verte. ¿Sabías que desde la muerte de tu madre yo también siento haber muerto? Si ahora que aún estoy vivo es tan difícil verte, me imagino qué será de tu hermano menor, cuando yo desaparezca y cada uno se dedique a sus cosas particulares y a formar familia. A propósito de formar familia —continuó—, te he visto demasiado cerca de esa muchacha, que creo se llama Noemí, hija de Epifanio. En realidad no me gusta para nada esa relación, pues en Villa Catalina no goza esa familia de buena reputación y tu cercanía es tal que me dicen que a veces te quedas a dormir allá. Nunca olvidaré el escándalo por la nombrada Teresa, que generó un pleito que solo se detuvo por la intervención mía, de tu madre y la madre de Momón. No quiero más escándalos como ése, que destruyó una amistad tan fraterna por culpa de una muchacha que ni siquiera supimos de dónde venía ni hacia dónde se fue. Debemos mantener el respeto de que goza la familia, eso vale más que el dinero. Hacerte de una profesión continuando los estudios en la universidad debe ser tu actividad principal.

En realidad, cuando mi padre me recordó a Teresa, volvieron esos instantes al lado de su cuerpo que sellaron mi vida, añoré sus ojos tan expresivos, no he encontrado en los últimos tres años nada parecido y no sé si lo encontraré jamás, lástima que solo tuve la mitad de sus encantos.

La muerte a destiempo de mi madre, la desaparición de Teresa, la imposición norteamericana de un gobierno impopular y la enfermedad de mi padre, habían sido cuatro golpes demoledores para mi alma.

Después de quedarme pensativo decidí evadir cualquier otro tema y volver a la salud de mi padre.

—No vas a morir por ahora, te noto fuerte aunque estés más delgado, los análisis no dicen nada que hagan pensar que morirás —le dije.

Me acerqué a él con ternura después de tantos años, cuando nos dormía al ritmo de “*oh women sweeter than man, oh women sweeter than man*”. Decidí esa noche volver a sus brazos, recostándome en la cama, a su lado. Era como regresar a la niñez, a los miedos de su ausencia y al orgullo que nos cubría todo el cuerpo cuando casi a coro decían en las calles “*¡saludos, Mr. Watson!*” y él se quitaba el sombrero en señal de respeto por la gente, no importaba que fuera pobre o rica. Con sus propios recursos hizo que la energía eléctrica y el agua potable llegaran a la comunidad. Ese gesto fue siempre valorado por todos.

Era extraño verlo extenuado, sentir su respiración lenta y su mirada opaca, estaba frío y cuando pensé que iba a dormir, me dijo, recurriendo a su energía habitual:

—Sé que estás en la izquierda, siempre he pensado que en este país la política se ejerce como si fuera una guerra a muerte. Yo vengo de un país donde funciona el parlamento y los debates, por más duros que sean, están limitados por la ley, que es dura, pero es la ley. Aquí la vida se arriesga cada minuto, no importa que estés en el gobierno o en la oposición. La izquierda le ha declarado la guerra al gobierno.

Creí que era al revés, pero no quise contradecirlo. Pensó un rato y me dijo:

—Vi en la prensa lo de tu participación en un nuevo partido, tienes derecho a hacer política, me preocupa la forma en que se desarrolla esta lucha, pero, como dominicano tienes todo el derecho a expresar tus ideas. Yo, como extranjero, no puedo, pero me parece que debes participar y te doy mi consentimiento.

Para mí fue una gran sorpresa, pues nunca se había expresado así, parecía convencido de su aseveración, mientras se pasaba las manos por el rostro y trataba de reclinar la cabeza para dormir. Mi cansancio de todo el día era propicio para que yo también tratara de descansar. En realidad no podía. Las palabras de mi padre me habían quitado el sueño y comencé a pensar en nuestra vida familiar, en el patio, en las bregas de mi madre a

Un silencio que camina

través de su corta vida, en mis tres hermanos y familiares. Ahora, solo, con mi padre enfermo, principalmente por la ausencia de mi madre, pues los médicos no encontraban razones para su internamiento, recordaba el día que nuestra vida familiar fue herida de muerte. Se derrumbó nuestro edificio construido alrededor de ella. Su muerte en el aeropuerto, mientras despedía a mi hermano Augusto, destruyó para siempre nuestro espacio vital.

El hueco estaba ahí en nuestra casa
cinco pies de oquedades infinitas
miles de dolores rasgándonos la vida
en su epicentro.

El espacio llenado con su voz
en toda la extensión del hogar
ahora solo son hondas y siluetas diluidas.

Cuando desperté, mi padre ya había muerto; estaba frío. Después de reponerme del último y desesperado abrazo que le di, llamé al médico e informé a mis familiares y al pastor de la Iglesia episcopal. El poeta Emilio Brea había descrito todo a través de un poema.

Mr. Watson, el que murió de amor.

FIN

Esta segunda edición de *Un silencio que camina*, de Mateo Morrison, se terminó de imprimir en los talleres gráficos de Editora Búho, en el mes de enero de 2008, en Santo Domingo, República Dominicana.